

PARTE DOS

Relatos de vida y
experiencias educativas



Sensibilidad, arte y territorio

Dilida Luengo Molero

La sensibilidad y el arte en territorio surgen de la certeza del acercamiento a las acciones cotidianas y de ver lo extraordinario que hay en cada una de ellas. Desde el modelo pedagógico de la Universidad Nacional de Educación del Ecuador se promueve el *enactivismo*, es decir, el conocer *en* y *para* la acción que se desarrolla la experiencia, como relataremos a continuación. El propósito del siguiente ensayo, con este antecedente, es compartir una experiencia exitosa que involucra un ejercicio interdisciplinario en el que el arte, las matemáticas y las ciencias naturales se entretajan y dejan de manifiesto la sensibilidad del ser humano, sus conexiones con la naturaleza y todo lo que le rodea. Escribir un ensayo acerca de la sensibilidad, arte y territorio no ha resultado nada fácil.

Viene a mi memoria una de las novelas de Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, la evoco en este momento porque quiero que mis estudiantes lean mis escritos, así como muchas personas leyeron a García Márquez y deseo que disfruten este pequeño texto, escrito para ellos con la intención de abrir espacios para la lectura en el territorio. Hechas las aclaraciones de rigor, entremos en el territorio del realismo mágico de la Amazonía ecuatoriana que está lleno de grandes plantas, de hermosos helechos gigantes, de flores variadas y de diversos colores (amarillas, rojas, azules, moradas, naranjas). Esta diversidad que nos transporta a otro mundo, a su alta humedad, a sus lluvias casi perpetuas que, en ocasiones, motivan y, en otras, entristecen. Este es el escenario donde los docentes luchan por impartir sus conocimientos a las futuras generaciones.

Es esta oportunidad, encontramos a María¹ de todas las Marías, maestra de una escuela unidocente. Ella posee un alto compromiso con la educación de la Amazonía; al igual que muchas otras personas — llámense Nunkui, Carmen, Pedro o Amarú— se las ingenian para abrir los ojos de sus niños al maravilloso mundo. Ella les enseña que, desde el ejercicio de creación de una vasija, pueden aprender matemáticas y, al mismo tiempo, conectarse con la tierra, con el universo. Una maestra unidocente en este contexto actúa según la UNICEF (2008), como “un facilitador del aprendizaje de los educandos amazónicos desde la perspectiva de la interculturalidad” (p. 21)

La Escuela 12 de Octubre, ubicada en la comunidad Arutam, del cantón Taisha, en la provincia de Morona Santiago, alberga a veintres niños y niñas de tres años hasta diez años. Al tratarse de una escuela de la modalidad intercultural bilingüe, debe efectuar adaptaciones curriculares adecuadas según la diversidad del grupo, ese es el reto pedagógico, didáctico y curricular que enfrentan los maestros unidocentes en territorio, día tras día.

María quería hacer un proyecto que relacionara las matemáticas, el arte y las emociones. Pensó y pensó. Pasó por la *taptana*, el ábaco japonés y otras tantas ideas. Una ocasión, en el río, pensando en sus niños, observó más allá de lo que tenía a simple vista y se dijo: “El barro, ¡qué maravilloso material! la tierra nos lo da y con él nosotros hacemos maravillosas cosas, además de sus efectos curativos”. Partiendo de ese pensamiento, ubicó su proyecto y preparó todo para compartir su propuesta, un día lunes, con sus niños en la escuela. Así María, sin pensarlo, se acercó por intuición a lo que indica la UNICEF (2008): “En este modelo, el educador es más dinámico por cuanto prepara las situaciones de aprendizaje y acompaña al educando en el desarrollo de dichos aprendizajes” (p. 21).

En la escuela, María reunió a todos sus niños y les contó la idea que se le había ocurrido en el río. Entonces les preguntó: “¿Qué les parece si diseñamos y hacemos vasijas de barro?”. Todos los niños

1. Inspirado en María Atsamp, estudiante de profesionalización en Morona Santiago.

respondieron con un gran grito de alegría que sí, ellos sabían que jugarían con el maravilloso barro. El barro es un elemento que está asociado en la cultura *shuar* a procesos curativos y también se asocia con la creación de piezas para la cocina, saber que es transmitido de generación en generación entre las mujeres de esta nacionalidad. Según Carrasco (2002):

Las elaboraciones de las vasijas parten de la historia de la cultura shuar. El proceso cerámico parte de un mito: el de Nunkui o madre tierra, dueña de la tierra, de todo ser viviente que existe bajo tierra, de todos los tubérculos que crecen en ella, de los animales domésticos y de los perros de caza. Las mujeres que han visto a Nunkui la han reconocido como a una mujer pequeña y gorda, todas las mujeres también son hijas de Nunkui. (p. 3)

Todos estos elementos de gran energía se concentran en el proceso de creación de las vasijas que ha propuesto María para su proyecto en el aula. Ella intuía, como menciona González (2005) citado por Velázquez, Remolina y Calle (2010), que “...el ser creativo implica no sólo ideas, sino llevar a la práctica, a la realidad esas ideas.” (p.6). Ella ha ideado una ruta para elaborar vasijas, esta es comentada a los niños que están organizados en forma de círculo en el piso de madera de su aula, donde, mientras tanto, el viento de la imponente selva circula, como dueño y señor del aire, esparciendo los olores a humedad y a frutas maduras. El *acai* de palma —cuyas ramas cuelgan como regaladas por el cielo—, el *camu camu*, la *bacaba* —mejor conocida como *туру*— y las maravillosas guayabas impregnan sus olores en esta atmósfera de creatividad.

La laboriosa maestra María, descendiente *shuar*, luego de socializar la hoja de ruta para la creación de las vasijas, diseña su planificación. Entre los objetivos destacan elementos interdisciplinarios, estos se revelan a través de las asignaturas de Educación Cultural y Artística, Matemática, Lenguaje, Ciencias Naturales, entre otras. Pero también hay que destacar que, en la actividad, se van a mezclar elementos

motivadores y de corte emocional que serán el motor de la clase y del aprendizaje.

María siempre inicia sus clases con cantos, bailes y actividades relacionadas con la cultura *shuar* y también con otras culturas, lo que proporciona a los niños el conocimiento sobre diversidad cultural. Nuestra maestra intuye ese elemento motivacional, sabe que su cultura necesita ser revalorizada y que eso se debe potenciar en la escuela, que ella es responsable de seguir afianzado estos saberes, no solo como mujer, sino como digna representante de la nacionalidad *shuar*.

Así llegó el día esperado por los niños para ir al río y así se cumplía la hoja de ruta para la creación de las vasijas. María con permiso y colaboración de algunas madres, inició la expedición camino al riachuelo que proporcionaría el barro, la materia prima para iniciar su proyecto: *Creación de vasijas de barro y su relación con las matemáticas*. Su interés principal radicaba en el deseo de que sus niños aprendieran las operaciones básicas, en esa actividad se involucraban otros contenidos que se potenciarían con la ejecución de las actividades.

Los niños, alegres y juguetones, comenzaron a recolectar el barro de los alrededores del riachuelo, con sus botas de hule altas, ropa para la travesía y algunas fundas y recipientes, iniciaron la búsqueda del maravilloso material. Mientras tanto, las madres comenzaron a contar historias relacionadas con la procedencia del barro. Los niños, por su parte, escuchaban atentos y curiosos las narraciones que las diferentes madres hacían. Uno de los relatos que llamó la atención fue la de *El sol, la luna y la lechuga*, un mito *shuar* relacionado con el barro, que narra la historia de dos hombres y una mujer: Etsa (Sol), Nantu (Luna) y Aju (Lechuga). Mientras las mujeres contaban el mito, los niños impresionados por las hazañas de los protagonistas, se transportaban a ese escenario de magia, fuerza, amor, odio y venganza; y untaban con barro sus caritas.

Al terminar la recolección, María comenzó la retirada del río y los niños, alegres, por la maravillosa experiencia le dijeron: “¡Maestra, hay que volver al río otro día!”. Todas las mujeres se miraron y

sonrieron. Al regreso todos hacían preguntas sobre el mito escuchado. A pesar de estar, aparentemente, distraídos en la recolección del barro, habían escuchado y comentaron, al llegar a sus casas, todo lo aprendido en el río.

Al siguiente día, en la escuela los niños se organizaron en pequeños grupos y comenzaron el segundo paso de la ruta, preparar el barro. Cada grupo tenía sus elementos para comenzar el proceso creativo. María les explicó que se debían hacer primero unas tiras, para luego ir pegándolas una a una y levantar la vasija. Un estudiante del grupo, a manera de secretario, escribía el registro de las acciones. En ese proceso, la maestra María enseñaba Matemáticas, por ejemplo, cuando pasaba de grupo en grupo y preguntaba: “¿Cuántas tiras tiene cada uno?”. Para responder debían llevar las cuentas, contar las tiras y decir la cantidad que tenían. Luego, María les quitaba tiras y volvía a preguntar: “Y ahora, ¿cuántas tienes?”. Y así realizó varios ejercicios de suma y resta.

El siguiente paso fue la creación. Con mucha paciencia y amor, les explicó cómo poner cada una de las tiras, este procedimiento lleva en su interior una gran energía y sentimientos que se reflejarán en la vasija. Por eso, la maestra les dijo: “Deben poner con un poquito de agua en cada tira, una a una. Deben mojar el barro y sentir su textura, su maleabilidad, su color, su olor, incluso”. La actividad puso en escena una serie de sensaciones que los niños experimentaban mientras construían y diseñaban la obra.

A unos, por jugar y bromear, se les desmoronaron las tiras; otros lograron el objetivo. Mientras se concretaba el proyecto, María fotografió a los niños mientras hacían, jugaban, aprendían y trabajaban en equipo, involucrados con sus padres y haciéndolos conscientes de la riqueza de su cultura y de que todo lo que tienen alrededor está relacionado con ellos, con su pasado, presente y futuro.

Al final, los niños crearon verdaderas obras de arte porque experimentaron algunos procesos relacionados con los grandes trabajos: fueron motivados para la creación, se contagiaron con sentimientos al identificarse con su material de trabajo, se vieron como cultura y

apreciaron cómo algo que está en la naturaleza —que tiene diversos colores, olores y texturas—, les permitía crear una vasija, al tiempo que afianzaba los conocimientos de diversas áreas, aspecto que, antes, se pensaba no podía incorporarse a una misma planificación.

De lo sensible a lo práctico, el arte de lo cotidiano en el territorio de María nos involucró con una historia real que ocurre y está ocurriendo mientras María de las Marías sigue trabajando en su escuela. Ella entrelaza lo cotidiano y artístico, con las matemáticas, hace un recorrido por su cultura, sobre la tarea de trabajar el barro para llegar a su objetivo: aprender a contar. Es una forma de construir aprendizajes significativos sin decirlo, mientras hacen las vasijas los niños cuentan, el que poco sabe va aprendiendo y el que sabe contar, cuando da una respuesta correcta, enseña. María corrige si hay equivocaciones, observa a quien sabe y quien no, evalúa sin que los niños se den cuenta, refuerza dónde se debe reforzar el aprendizaje.

La ciencia y al arte son dos formas complementarias de acercarse a la realidad, no son excluyentes y ambas son patrimonio cultural de los grupos sociales. María descubrió por el camino del barro y el mito de su creación la ruta del aprendizaje significativo para que los niños aprendan dentro del marco de su cultura, tradiciones e idiosincrasia. Esta experiencia acontece ante nosotros como invitación a abrir nuestros ojos a una nueva forma de hacer prácticas en las escuelas, aprovechando el maravilloso y bello ambiente en el que se encuentran enclavadas. El objetivo es que, a pesar de pertenecer a lo cotidiano, podamos mirar y ver lo extraordinario en él, aprovecharlo para potenciar el conocimiento de los niños, alimentar la imaginación, la creatividad, lo original, para que se vean en un mundo hermoso, pues como decía el Principito de Saint-Exupéry, en ocasiones “lo esencial es invisible a los ojos”.

Referencias bibliográficas

- Carrasco, A. (2002). Arte y diseño en la Cultura Shuar. *Revista Artesanía de América*. 69-103. <http://documentacion.cidap.gob.ec:8080/handle/cidap/369>
- UNICEF (2008). *Enfoque pedagógico del aula unidocentes en las nacionalidades amazónicas del Ecuador*. https://biblio.flacsoandes.edu.ec/shared/biblio_view.php?bibid=142621&tab=opac
- Saint-Exupéry, A. (2015). *El Principito*. Emecé.
- Velásquez, B, Remolina de Cleves, N. y Calle, M. (2010). La creatividad como práctica para el desarrollo del cerebro total. *Revista SCIELO*, Recuperado en: <http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n13/n13a14.pdf>